

LAS DOS ESPAÑAS

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Antonio GARRIGUES Y DÍAZ-CAÑABATE*

El tema de las dos Españas, como tema político, histórico y humano, es antiguo y reciente, porque aunque viene alargándose desde Felipe II, se manifiesta más ostensiblemente con la invasión napoleónica de España. Pero cuando se hace patente política y literariamente es con la Generación del 98, y ello por la toma de conciencia dramática de la decadencia de España, a la pérdida de las colonias o, mejor dicho, al proceso final de esa pérdida con Cuba y Filipinas. El viejo sueño imperial español tiene allí su final inexorable, su triste final, porque España ha sido durante unos cuatro siglos, uno de los grandes imperios, y en gran parte el más grande de los imperios europeos de la Historia desde el Renacimiento.

Eso en la política externa, es decir «*ad extra*» de sus fronteras; pero en la política interna, el desafortunado y penoso siglo XIX, con las guerras carlistas, los pronunciamientos, el cantonalismo, el despertar de los nacionalismos, la decadencia de las universidades, es decir el retraso cultural y técnico de España, todo ello frente al dinamismo creciente de las naciones de Europa, crea —y se manifiesta en esa Generación— un sentido crítico-literario dramático de la situación de España.

¿Por qué se ha producido?. ¿Por qué España ha llegado a ese grado de decadencia?. Sobre todo, ¿por qué seguir engañándose?, ¿por qué no afrontarlo?. Porque los males a los que todo hombre y toda comunidad de hombres se enfrenta, son mucho más graves si se desconocen o se eluden con un autoengaño. Lo mis-

* Sesión del día 6 de junio de 1995.

mo que los estudiantes en la Francia del 70 enunciaron el lema «prohibido prohibir», la Generación del 98 dice a los españoles, «prohibido engañarse». La verdad es que en todo país europeo se dan situaciones semejantes de profundo enfrentamiento interno, religiosos, políticos o, mejor, la mezcla de ambos, pero no en la misma intensidad y con la misma dimensión que en España. No ha habido nunca dos Francias, ni dos Inglaterra ni dos Alemanias ni dos Italías.

Veamos el por qué y el cómo de este proceso singular de España. Es conocido el dicho de que «Europa empieza en los Pirineos», originario de Alejandro Dumas y muy reiterado por los propios españoles. Esto supone una ignorancia de lo que ha significado Africa que, después de haber sido asiento de la cultura cartaginesa, fue de las provincias más adelantadas del Imperio Romano, hasta el punto de que durante los siglos II al IV, la hegemonía de Africa con Apuleyo Séptimo, Severo, Tertuliano, S. Cipriano, Arnobio, S. Agustín, Marciano Capello, precede a la Galia, cuyo florecimiento se extiende entre los siglos IV y VI.

Sobre todo S. Agustín, que muere de Obispo de Tagaste, en Africa del Norte, sitiada por los vándalos, es una figura que sigue proyectándose sobre la cultura europea y universal.

En el Tratado isidoriano *«De viris illustribus»*, junto a catorce de España, figuran once de Africa, otros once de Italia, mientras que de la Galia sólo se recuerdan cuatro nombres. Es la Península Ibérica lazo de unión entre los dos continentes, mucho antes de que empiece a brillar la cultura latino-germánica en el centro de Europa. Más tarde, esa Europa que empieza en los Pirineos, viene a nutrirse de toda la sabiduría (nunca mejor dicha esta palabra) grego-latina y oriental, en la Escuela de traductores de Toledo. No sólo Platón y Aristóteles, sin los cuales no existiría el Sto. Tomás católico, sino toda la cultura filosófica, literaria, política, del Medio Oriente.

Esto en cuanto al pasado africano de España, pero ¿cuál es el momento cumbre de nuestra Historia y cuál su razón y su fundamento?. Aquí la brevedad tiene que hacerse necesaria y, por ello, más arbitraria. En el espíritu de los loores de España, de S. Isidoro, en los albores de la Edad Moderna, España se considera a sí misma —y hasta cierto punto es así considerada— una tierra y un pueblo de elección.

Los loores isidorianos de España, que venían escribiéndose desde la antigüedad, tienen convencidos a los españoles de que España era un país excepcionalmente rico y que, por serlo, sus habitantes no necesitaban esforzarse en la industria, como tenían que hacerlo los extranjeros, dueños de tierras más estériles. Con ello hay un general desinterés respecto a las contingencias de la vida, adversas o prósperas, que trae la serenidad de ánimo, el sosiego imperturbable tan definidos del español en los tiempos áureos, cuando no llega a extremos de apatía estoica, encuentra con ella algo como el «nada te turbe» sublimado por nuestros místicos.

Pero esa imperturbable serenidad tiene doble cara, junto al sosiego en la más energética acción, el sosiego apático. Por este estoicismo innato no hay pueblo que más íntimamente haya recibido la enseñanza cristiana respecto a la igualdad de todos los humanos ante los ojos del Dios Creador y Redentor. Hernando del Pulgar se expresa así: «Era hombre esencial e no facía muestra de lo que tenía ni de lo que facía». Una expresión como ésta sobre un noble abolengo popular, «soy tan hidalgo como el Rey, y aun más, porque él es medio flamenco». El Rey era nada menos que el Emperador Carlos V. Si Europa empieza en los Pirineos quiere decirse que renuncia a toda la cultura científica y filosófica y arquitectónica, y no digamos literaria, arábiga, tan viva en estos momentos de la muerte de García Gómez el gran arabista español, con «Todo Ben Quzman», «El collar de la paloma» y la versión de los cejeles.

Los escritores extranjeros que hablan de España insisten en este concepto humano de la realidad de las clases —porque haberlas, hailas—, pero no de la profunda igualdad entre ellas que se siente en España, y que se quiere llevar también a las nuevas gentes de la América recién descubierta. La Reina Isabel dice: «¿Qué poder tiene el Almirante (Colón) para dar a nadie mis vasallos?». Y el Rey Católico invoca la igualdad de todas las razas como idea básica de la colonización, presentando a los indios como de la raza de los que creó Dios a Adán: «de quien vosotros y nosotros y todos los hombres del mundo son descendientes».

Por todo ello, hay en el español una gran reserva frente a lo nuevo, a las novedades. Guevara dice, en relación con la conquista de Granada: «No cureis de intentar introducir cosas nuevas porque las novedades siempre acarrearán, a los que las ponen, enojos, y en los pueblos engendran escándalos». Y Covarrubias dice de la novedad, «cosa nueva y no acostumbrada suele ser peligrosa por traer consigo mudanza de uso antiguo».

El Renacimiento y su proyección, época que fue radicalmente modernista y modernizante en otras partes, en España pactó con el tradicionalismo, evitando cuanto pudo la ruptura con la Edad Media, manteniendo España su adhesión a las grandes verdades y a las grandes bellezas de dicha Edad. Más tarde, Quevedo lo expresará así: «Aquella libertad esclarecida / que en todo supo hallar honrada muerte / nunca quiso tener más larga vida». Y el bello, poético fondo cristiano del poeta: «Médulas que han gloriosamente ardido / podrán morir, pero tendrán sentido / polvo serán, mas polvo enamorado».

Hay en todo ello un espíritu religioso, aunque también se dijo que los españoles «tienen bien asentada la religión católica, aunque no son morales». Pero fue ya el libre y puro espíritu religioso salvado en el norte lo que dio aliento y sentido nacional a la Reconquista. Sin él, sin su poderosa fuerza, España hubiera desesperado de la resistencia y se habría desnacionalizado, y habría llegado a islamizarse como otras provincias del Imperio Romano. Ya a fines de la Edad Media,

la aceptación en España del rito cluniacense francés en la liturgia, y la sustitución de la escritura visigótica por la letra francesa, tienen su significado.

La religiosidad hispana tiene su máximo florecimiento en los siglos xvi y xvii. Sus teólogos podían descollar decisivamente en el Concilio de Trento y servir de guías en las universidades europeas; autores místicos, ascéticos, escriturarios, que figuraban entre los mayores de cualquier país; poetas que lograban interesar a todo su pueblo en los más profundos problemas de la gracia y el libre albedrío. Fue España la única que, confirmando su inveterada decisión medieval, identifica sus propios fines nacionales con los fines universalistas de la cristiandad, tomando estos como propios a partir de Fernando el Católico quien, como Gracián, dice: «Supo juntar la tierra y el cielo».

Ese lazo unitivo de la tierra y el cielo no se rompe pero se matiza mucho con la novedad renacentista de la doctrina de la «razón de Estado». Maquiavelo estima el interés de Estado superior a toda razón moral. Esto es lo más típico de Maquiavelo, mucho más, a mi juicio, que la teoría del equilibrio político internacional, que es algo consustancial a toda idea y práctica políticas. La razón de Estado es una tesis profundamente inmoral y, sin embargo, un rey, o mejor un emperador tan católico como Carlos V, tenía «El Príncipe», como libro de cabecera, porque la política católica, como toda política, tiene que tener sus gramos de astucia.

En el momento histórico del genial Maquiavelo hay otras tres figuras clave en la historia de Europa; son Leonardo, Erasmo y Lutero. Este último pone fin a la larga hegemonía del Papado, a la teoría de las dos espadas, y abre una crisis en la cristiandad que perdura hasta el presente y que aborda en su última encíclica el Papa Juan Pablo II, es decir, la unidad de las Iglesias cristianas. Pablo VI, el Papa que yo tuve en Roma, hombre y Papa admirable, me dijo, hablando de este tema de la unidad de las Iglesias cristianas: «y pensar que yo, el Papa del Vaticano, soy el mayor impedimento para esa unión!».

Pero, ¿cómo nace y cómo se hace el tópico de las dos Españas? Nace con Felipe II, pero empieza a hacerse en el origen de la nación y, sobre todo, de la grandeza nacional de España, es decir con los Reyes Católicos, porque ese tópico irá unido a la catolicidad de España.

El conde Baltasar Castiglione, en el Libro III del «Cortigiano», nos habla de «la divina manera de gobernar» que usaba la Reina Católica, cuya sola voluntad bastaba, como un mandato, para que cada uno se abstuviese de hacer nada que pudiese desagradarla, porque todos sabían que tanta era su justicia para castigar como su liberalidad para premiar, y añade que todo eso dependía «del maravilloso juicio que ella tuvo de conocer y escoger los hombres más aptos para los cargos que les confiaba». Esa aguda extimación de personas, extensa y constante, quedó muy duradera en sus efectos, tanto que, escribiendo Castiglione más de una docena de años después de muerta la Reina Católica, agrega: «En nuestros tiem-

pos, todos los hombres señalados en España y famosos en cualquier cosa que sea, han sido hechos por la reina Isabel ».

En suma, aquella divina manera de gobernar atribuida a Isabel por Castiglione, la práctica de una insobornable justicia, de una celosa selección, crean un clima social optimista, donde cada uno sentía hallar las condiciones más propicias para dar de sí el mayor rendimiento; se difunde la general afición a la virtud, que dice Galíndez, y el sostenido empeño de equidad incorruptible llega a establecer una sociedad convenientemente ordenada según la densidad relativa de sus valores humanos, en la que pudo aflorar el número total de hombres valiosos que la nación contenía.

Todo el sistema seleccionador de Isabel se cierra con una clave maestra. No improvisaba sus nombramientos principales cuando la necesidad sobrevenía, sino que los preparaba con toda anticipación. Nos informa Antonio Agustín que «la reina doña Isabel tenía un libro en un cofre del que tenía siempre la llave; en este libro escribía los nombres de las personas que merecían Obispos, Consejos, Audiencias, Corregimientos y otras cosas tales, y antes que estuviesen vacantes, recibía información para cuando vacaban».

Pero en el reinado de Isabel —porque hay que decirlo todo— hay un momento de terrible invidencia: la expulsión de los judíos. Nada más negativo en la apertura a la convivencia. Habría sus razones, porque para todo las hay, pero fue algo terriblemente inhumano en su ejecución, y en el fondo terriblemente anticristiano. Porque el cristianismo es amor y, especialmente, amor a los que no nos aman, ya que amar a los que nos aman ¿qué mérito tiene?

Estando en Roma como Embajador en el Vaticano, se me sugirió que hiciera alguna gestión en la Congregación de los Santos, a propósito del proceso de canonización de la reina Isabel, porque es un proceso que, si no duerme, es durmiente.

Felipe II siguió practicando el libro registro de elegibles beneméritos. Sin embargo, este gran rey, llevado de su enorme potencia de trabajo y de su carácter receloso, confiaba todo en sí mismo y poco en las personas a quienes daba los cargos, así que podía en ocasiones inclinarse a los mediocres o a los ínfimos. Relatos de embajadores o historiadores nos dejan ver que la invidencia tiene su parte en el carácter filipino, si bien compensada, en parte, por las otras cualidades del monarca y por su grandeza de miras. Nos dicen esos relatos que, a veces, Felipe II colocaba en la presidencia de tal Consejo o al frente de tal misión un insignificante o un inepto, dándole por subordinados a otras personas entendidas que evitasen los grandes desaciertos; así, careciendo el primero de todo valor, la suprema dirección del rey era más visible y más sin obstáculos. Pero el desdichado sistema se aplicó hasta en el caso de la Grande Armada. El incapaz duque de Medinasidonia, aunque se resiste alegando absoluta inexperiencia en las cosas del mar, tiene que aceptar el mando de la mayor fuerza naval que se había

reunido nunca; ocasión suprema y decisiva para el imperio español y para la contrarreforma católica.

Pero lo más grave es la ortodoxia religiosa y cultura del Felipe II. Al asumir con decisión el propósito de mantener la unificación católica de Europa, contó con la fervorosa adhesión de una mayoría tradicionalista que veía unido a su convicción secular el extraordinario engrandecimiento político de la nación, ahora llegada a la cumbre de su preponderancia. El gran éxito hacía que la unidad espiritual de los españoles se robusteciese cada día más, y para mantenerla era necesario, a toda costa, preservarla de ideas peligrosas que corrían en otros países, aquellos contra los cuales se combatía; pero las precauciones llegaron a ser desproporcionadas.

En los primeros años de su reinado, en 1558, Felipe II prohíbe, bajo pena de muerte y confiscación, el importar o publicar libros sin licencia del Consejo de Estado, por si contienen herejías, «novedades» contra la fe, «materias vanas» y de mal ejemplo. Al año siguiente, 1559, prohíbe también Felipe II que los españoles pasen a estudiar fuera, salvo en Roma, Nápoles o Coimbra o al Colegio Español de Bolonia, para lo cual alega dos razones: la primera es porque las Universidades españolas «van cada día en gran disminución y quiebra»; es decir, se toma el ausentismo de los estudiantes como causa, cuando no es sino efecto, del mal estado de las Universidades patrias; la segunda razón es porque la comunicación con los extranjeros ocasiona a los estudiantes gastos, peligros y distracciones inconvenientes; por donde, no encontrando en todo el mundo Universidades exentas de peligro sino las de casa o casi de casa, cierra puertas y ventanas a las decaydas escuelas españolas para que no respiren sino su confinado aire.

Dado este espíritu apartadizo, esta repugnancia al trato exterior, ¿cómo se explica la grandeza cultural de España en esos siglos áureos? Es preciso contar que ese retraimiento respecto del resto de Europa, por vivo que fuese, lo era sólo en materias tocantes a alta política y religión; mientras en la esfera general de la cultura no dominó sino tarde la tendencia incommunicante. España era el pueblo elegido por Dios entre todos los demás para defensa de la religión, y podía vivir aparte, satisfecho con el orgullo expresado por el embajador Mendoza: «Dios es poderoso en el cielo, y el rey de España en la tierra».

Pero con el tiempo las cosas empeoran; el apartamiento va teniendo efectos graves; viene a ser mirado como un destino de España que se acepta con orgullo, pero con tristeza, como herencia de una gloria ya pretérita. En 1609, Quevedo, teniendo en su corazón el «Quomo sede sola» de Jeremías, encabeza su «España defendida» con un lema jeremíaco: «Abrieron sobre nosotros sus bocas todos nuestros enemigos». Ve a España víctima de una «porfiada persecución», y a los españoles «aborrecidos en todas las naciones, que todo el mundo les es cárcel y castigo»; mas, a pesar de todo, la soledad es obstinadamente deseable, pues España recibe todo mal por comunicación con los extraños; no conocería el brin-

dis y el hartazgo si los tudescos no lo hubieran traído, ni la lascivia contra naturaleza si Italia no la hubiera enseñado, ni la Inquisición tendría nada que hacer si Melanton, Calvino y Lutero no hubieran existido. Sin embargo, pese a estas afirmativas, el sentimiento de soledad se vuelve muy amargo, pues el desengaño de la España extremosa o filipinas pesa ya como plomo. Quevedo piensa que el Dios de los ejércitos ayudó a España en las batallas del Cid, en las Navas de Tolosa, en las empresas de Vasco de Gama y de Cortés, en la de Cisneros, que detuvo el sol cuando la toma de Orán, pero esa edad áurea es ya cosa pasada; los españoles ya no visten la férrea armadura sino en la estatua de su sepulcro; visten con lujo afeminado, «arrepentimiento de haber nacido hombres»; por todas partes se ven matronas descocadas que hacen gala de adulterio, hombres que tienen por oficio lucrativo el ser maridos.

Pero los peligros de tal situación se hacían evidentes. Quevedo denuncia los riesgos del aislamiento introduciendo el concepto de «soledad» en la adaptación de una sentencia de Séneca: «Y es más fácil, oh España, en muchos modos / que lo que a todos les quitaste sola / te puedan a ti sola quitar todos».

Años después ve Quevedo que ya los adversarios empiezan a quitar a España sus presas. Ve que el Imperio español no sólo flaquea en sus fundamentos ideales, como antes veía, sino que también su fuerza material se desmorona. Entonces, desde comienzos del siglo XVIII, la unidad espiritual de los españoles que en los dos anteriores siglos se manifestaba al exterior firme, perfecta, con débiles escisiones tan sólo en puntos accidentales, deja ahora ver sus quiebras profundas, poniendo en pugna dos ideologías frecuentemente exaltadas al extremo. Los puntos de divergencia son muy varios según los tiempos, pero en el fondo se lucha siempre por motivos religiosos. Cuando la tolerancia medieval comenzó a ser coartada por los Reyes Católicos, la intolerancia era necesaria al servicio de un alto fin, el de conseguir la cohesión nacional precisa para que el pueblo español se lanzase a grandes empresas exteriores. Ahora, en los tiempos nuevos, cuando la unificación nacional no era posible bajo el espíritu militante católico que en tiempo de lucha europea había sido altamente unitivo, el celo intolerante se prolongó en media España, destrozando en acabable antagonismo interno la cohesión que antes había logrado. Y no es que los anticatólicos fuesen numerosos; eran muy pocos. Pero es que los misoneístas intolerantes veían un enemigo insoportable en todo el que propugnase novedades, aunque no fuesen peligrosas para la religión; y viceversa, los modernizantes a todo trance obraban sin consideración ninguna a los intereses religiosos. Entre otras, sobresale la figura de Feijóo. El alcanzó un éxito duradero, éxito de templanza comprensiva. «Ningún otro español —dice exactamente Marañón— hizo tanto como Feijóo para incorporar nuestra alma al alma del mundo, sin empañar su tradicional pureza; sintió el ansia renovadora de su siglo sin que se rompiese una sola de las raíces de su tradición nacional».

Pero desde la figura egregia de Quevedo es imposible traer aquí, ante Vds., ni aun muy resumidamente la polémica de las dos Españas de fines del siglo xix y comienzos del xx. Es una riada de nombres ilustres todos, en mayor o menor grado: Former, Cadalso, Larra, Balmes, Donoso, Valera, Costa, Ganivet, Unamuno, Menéndez Pelayo, Mendizábal —que me ha sido de mucha utilidad— *et siz de ceteris*. Pero, además de imposible, es extratemporáneo, porque pienso que esa digamos por lo menos turbadora polémica, debe pasar a la Historia erradicando los brotes que todavía se manifiestan.

Voy a contar, para terminar, dos momentos del enfrentamiento de las dos Españas que yo he vivido: la monarquía de Alfonso XIII, en su última fase, se vio obligada a formular, con la mayor solemnidad, la negación de la otra España; fue con ocasión de la visita de Alfonso XIII a Roma, en el año 1923. Yo, como estudiante distinguido, juntamente con Serrano Suñer y con José Antonio Primo de Rivera, asistí a ese acto. El Rey, en su discurso en el Vaticano, anuncia al Papa que la España de hoy continúa la España de Felipe II, guerrera a nombre de la Iglesia: «Si en defensa de la fe perseguida, nuevo Urbano II, levantarais una nueva Cruzada contra los enemigos de nuestra sacrosanta religión, España y su Rey jamás desertaríamos del puesto de honor y los anales de mi pueblo todo, recordando la consagración que en el Cerro de los Angeles, con el aplauso de todos mis súbditos y la presencia de mi Gobierno, hice de España al Corazón Sacratísimo de Jesús».

Pero en su respuesta, Pío XI, precisamente el Papa que consagró el mundo al Sagrado Corazón, no cree oportuno ni leal negar así el problema de las dos Españas, y hace una paternal amonestación recordando que en el grande y nobilísimo pueblo español «hay también hijos nuestros infelices, aun cuando siempre amadísimos, que se niegan a acercarse al Corazón divino; decidles que no les excluimos por eso de nuestras oraciones ni bendiciones sino que, al contrario, van hacia ellos nuestro pensamiento y nuestro amor». El Papa ni acepta a España como pueblo predilecto de la providencia, ni contesta palabra alguna de agradecimiento por aquella oferta de Cruzada, en cambio encarga que se tenga presente a la España disconforme.

El segundo momento de este enfrentamiento es, sencillamente, la terrible guerra civil española que todos hemos vivido.

La Monarquía de D. Juan Carlos yo creo que ha unido las dos Españas, borrando esa antigua frontera que ahora, con la desaparición de las fronteras de Europa, es mucho más intolerable.